

¡Hay que ver! El coto de San Bernardo en Sacramenia

Carlos Calvo Alonso

Para llegar al coto de San Bernardo, tenemos que salir de Sacramenia en dirección a Sepúlveda y desviarnos inmediatamente a la izquierda por una preciosa carreterita, estrecha y arbolada como las de antiguamente. Recorridos algo menos de tres kilómetros, llegaremos a una explanada dominada por el rosetón de la iglesia de Santa María la Real, un templo monástico sin monasterio. Hemos de ir allí los miércoles por la mañana –de 10 a 14 horas, para ser concretos- porque el edificio es de propiedad privada y los dueños ofrecen este horario tan poco adecuado para los no jubilados.



Entramos a la iglesia por una puerta muy abocinada, sobria y armoniosa, enmarcada por arquivoltas de medio punto que se apoyan en jambas y columnas alternadas. Una vez dentro, la sensación un tanto horizontal que nos ha dado el exterior del edificio, debido a la colmatación del suelo, desaparece

por completo. Estamos en un templo amplio y muy hermoso.

La primera vez que visité el Coto de San Bernardo, tuve la suerte de coincidir con un grupo de socios de una asociación cultural madrileña. Un nutrido corro de señoras seguía con atención las explicaciones de un joven profesor que les hacía de guía. También había cuatro o cinco señores, pero andaban dispersos por las naves, armados de máquinas de fotografiar muy aparentes. Gentilmente, dejaron que me añadiera a la expedición. Así me enteré de que la fundación cisterciense del monasterio de Sacramenia había sido patrocinada por Alfonso VII –el introductor y valedor de la orden del Cister

en la península-, allá por 1141. Las obras fundamentales de la abadía ocuparon las últimas décadas del siglo XII y las primeras del siglo XIII, aunque las bóvedas de crucería de la nave central de la iglesia y su cimborrio datan del siglo XV. Tampoco el coro, que interrumpe un tanto la luminosidad del edificio en los primeros tramos del ala oeste, es de la época fundacional; se concluyó en el Siglo XVIII. Siguió nuestro cicerone explicando las vicisitudes de la larga vida del monumento: diversas restauraciones, un incendio en 1647; su primera desamortización y saqueo por parte del comprador en 1821; la definitiva partida de los frailes en 1835 y la vergonzosa venta en 1925 de la mayoría del monasterio al magnate americano William Randolph Hearst –el ciudadano Kane de Orson Welles-, dicen que por unos cinco millones de pesetas de las de entonces. Desmontados los despojos piedra por piedra, y ya en América, una

cuarentena aduanera por temor a la fiebre aftosa y las dificultades económicas por las que pasaba el nuevo propietario hicieron que las 11 000 cajas que los contenían tardaran en desembalsarse. Revendido en 1952, el monasterio se montó no muy bien en Florida, en 1964. Resulta que habían puesto la misma marca distintiva a los bloques de la crujía este del claustro y a los de la oeste –hay quien dice que intencionadamente-, así que los restauradores se encontraron con un enorme rompecabezas de 36 000 piezas. Lo resolvieron lo mejor que supieron y montaron solamente las galerías de la planta baja. El edificio es ahora sede episcopaliana y atracción turística.

Se cuenta que no le prueba el clima de la zona; a lo mejor es por nostalgia de la hermosa iglesia que dejó en Sacramenia. Digamos que si la adopción fue espuria, a golpe de talonario yanqui, el maltrato del monumento a lo largo del siglo XIX por parte de sus sucesivos propietarios tampoco había hecho muy envidiable su estancia entre nosotros.

Edificado con esmerada sillería, Santa María la Real es un templo que conjuga la amplitud con la proporción y el equilibrio, quizás porque la relación entre su longitud y anchura (56/37) se acerca mucho al número áureo. Tiene tres naves que se cruzan con un transepto, muy pronunciado en planta y alzado, y se coronan con una cabecera de cinco ábsides, semicirculares al interior. Destaca el juego potente y esbelto de pilares y columnas adosadas; sobre ellos los descansan capiteles sobrios y elegantes, de excepcional calidad los que están labrados con motivos geométricos o vegetales. Y sobre los capiteles, amplios arcos apuntados y doblados que permiten los vanos que hacen diáfano el interior. Los mojes blancos amaban la sencillez, la luz de las riberas y la naturaleza –

por eso eran buenos viticultores-. Así que no busquemos vidrieras en Santa María la Real de Sacramenia, tampoco ornamentaciones suntuosas, aunque sí encontraremos un rosetón estrellado, recientemente restaurado, que es pura poesía en piedra.



La abadía de Citeaux se fundó allá por el año 1098, en unos tiempos en los que el espíritu de Occidente, recién salido de las tinieblas de Alta Edad Media, comenzaba a atreverse a mirar cara a cara al mundo. La reforma cisterciense intentaba responder a ese reto con ascetismo y rigor litúrgico, que se debían conjugar con el trabajo manual. Empeñados en rezos, meditaciones y faenas, los monjes de Citeaux parecen responder al “ora et labora” benedictino trabajando el espíritu y alabando a Dios en el mundo circundante. Son proverbiales el aislamiento y las aspiraciones autárquicas de las fundaciones cistercienses, pero no se ubicaban lejos de las vías de comunicación y, desde luego, no renunciaban a la influencia política y social. Según Philippe Racinet, “La organización cisterciense es una obra maestra de institución medieval”; para Terryl N. Kinder: “Una sobria mezcla de piedad, política y pragmatismo”. Cuadratura del círculo para mantener un difícil equilibrio

entre lo espiritual y lo material que ya debió empezar a tambalearse con San Bernardo de Claraval, el monje cisterciense más conocido.

No debe extrañarnos, por eso, que Santa María la Real de Sacramenia viviera muy pronto entre pleitos con los segovianos de su entorno y tuviera sus más y sus menos con quienes podían competir en poder con la abadía, como los Luna, señores de Fuentidueña. Pero quizás llevara razón el viejo Platón: las ideas perviven sobre la realidad y las cosas hermosas que fabricamos tienen la impronta del espíritu que las inspiró; los cistercienses siguieron



construyendo edificios armoniosos con un aire inconfundible de sobria y elegante serenidad. Envuelto en la luz blanca de esta iglesia de Sacramenia, a uno le apetecería sentarse un rato, a ponerse en paz consigo mismo y con el mundo, pero no hay bancos; quizás los actuales dueños temen que los miércoles por la mañana se les llene aquello de visitantes meditabundos.

Así que seguí a las madrileñas para contemplar el exterior del templo y la cilla del monasterio, que al haber sido exenta, es el único resto que queda de sus dependencias. Aquel día, excepcionalmente, nos la dejaron visitar. Después, circundando el edificio, comprobamos que la sobriedad estética se mantiene también en los canecillos, vanos y cenefas de las fachadas. Cuatro de los cinco

ábsides de la cabecera son cuadrados al exterior; solo el central es semicircular, ceñido por una cenefa y abierto en tres ventanales hermosos y sencillos, enmarcados con arquivoltas de medio punto y columnas de capiteles labrados, también con motivos geométricos y vegetales.

Ya iban de camino los de Madrid, hacia la iglesia de Gumiel de Izán, cuando yo aparcaba mi coche en la plaza de Sacramenia para aprovisionarme de los excelentes embutidos y quesos del pueblo –no solo de paz vive el hombre-. Luego, la tendera haría que me interesase también por unos originales yogures de leche de oveja que esconden su contundencia bajo el disfraz de los más variados y exóticos sabores; para que luego digan que las gentes del Duratón no somos innovadoras. Me habían hablado de que no se asa mal en Sacramenia, pero no quise comprobarlo; el lechazo tiene poca gracia comido a solas.

Así que, aprovechando el tiempo sobrante, tomé el camino amplio que sale a la derecha, al abandonar el pueblo por la carretera de Peñafiel, para llegarme hasta la cima del cerro que domina el caserío. Allí se situaron los primeros repobladores de Sacramenia, defendidos por sus murallas sagradas –*sacra moenia*-. Merece la pena el desvío porque el montículo está coronado por los restos de la iglesia románica de San Miguel; de ella se conserva el ábside, con saeteras de sugerente ornamentación, robusta y primitiva, y una portada bonita de verdad, con siete arquivoltas de medio punto que alternan los sillares lisos y las cenefas labradas con ajedrezados y motivos vegetales.

Por cierto, *La cuadratura del círculo* es una buena novela de Álvaro Pombo que versa sobre la vida de Bernardo de Claraval. Interesante lectura para contextualizar.